

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Este siete veces H. Consejo Editorial, de esta benemérita revista de El Búho, hace una pregunta y la lanza inocentemente al aire: ¿Es cierto que los jóvenes de hoy han leído atentamente el don Quijote de don Miguel de Cervantes? ¿Y que además tienen una profunda y arraigada visión del Ingenioso Hidalgo? Pues algunos de los dilectos y nunca bien ponderados miembros de este H. Consejo, discrepan al respecto y sin más, sacando el sable, rotundamente niegan que los jóvenes de hoy –es horrible generalizar, pero una idea nos da al respecto– hayan leído el Quijote, es más no han leído ni a Rulfo ni a Yañez ni a Sor Juana ni a Villaurrutia ni a Novo ni a López Velarde. Estas aseveraciones cayeron como bomba de NAPALM, esa mortífera y destructora arma que los gringos lanzaban con singular alegría en contra de la inerme población vietnamita.

Bien, para no meternos en más camisas de once varas, todas y todos los también siete veces H. miembros del Consejo, decidimos democráticamente no averiguar más sobre los hábitos de lectura del pueblo mexicana. Es mejor dejar

que nuestros autores hablen, digan, escriban sobre estos temas.

Así las cosas, les presentamos a continuación estas divagaciones que el maestro Bracho hace sobre algunas partes del famoso libro arriba citado:

Don Quijote y Sancho caminan por el antiguo y conocido campo de Montiel.

Don Quijote.– Dichosa edad y siglo dichoso aquel a donde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio Encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista de esta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

Y luego, empolvado y hambriento pero con enormes deseos de hacer el bien, Don Quijote volvía diciendo, como verdaderamente fuera enamorado:

Don Quijote.– ¡Oh, princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! Bello invento del ingenuo caballero. Pero que hombre no trata de inventar a la mujer amada?

Luego, en su primer paso importante y estando en charla con el humilde tendero de un Mesón –trastocado en caballero por nuestro hombre–, Don Quijote, por fin es armado caballero.



Carlos Bracho

Don Quijote.- No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del genero humano. Mañana me habréis de armar caballero, y esta noche en la capilla de vuestro castillo (la sencilla hostería del tendero) velaré armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pos de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

Teniendo ya tan honorable título, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando aventuras, y, ensillando luego a Rocinante, subió en él y, abrazando al tendero, le agradeció la merced de haberlo armado caballero... luego

don Quijote estuvo quince días en casa muy sosegado... en este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera... tanto le dijo, tanto le prometió, que el pobre villano determinó de salirse con él y servirle de escudero... el labrador dejó su mujer e hijos y asentó por escudero de su vecino, tal era Sancho Panza.

Iba, pues, Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca...y con mucho deseo de verse ya gobernador de la insula que su amo le había prometido...

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo:

Don Quijote.- La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear, porque ve allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las

vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

Sancho.- ¿Qué gigantes?

Don Quijote.- Aquellos que allí ves, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

Sancho.- Mire vuestra merced que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas al viento, hacen andar las piedras del molino.

Don Quijote.- Bien parece que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de allí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla...

Dio espuelas a su caballo Rocinante y:

Don Quijote.- Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. .

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse.

Don Quijote.- Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, con la lanza en ristre arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió al viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerlo, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear; tal fue el golpe que dio con el Rocinante.

Sancho Panza.- Válgame Dios, ¿no le dije yo a vuestra merced que eran sino molinos de viento...?

Don Quijote.- Calla, amigo Sancho, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y así es verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento, tal es la enemistad que me tiene; más al cabo

han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

Sancho.- Yo lo creo así como vuestra merced dice, pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe ser del molimiento de la caída.

Don Quijote.- Así es la verdad, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado por ella, a los caballeros andantes quejarse de herida alguna aunque se le salgan las tripas por ella.

Hay, ¿cuántos molinos de viento hay que derribar el día de hoy? ¿Cuántos mequetrefes erigidos presidentes, gobernadores, diputados merecen la espada del Caballero Andante?

A don Quijote lo conocemos también como el Caballero de la Triste Figura: pues habiendo ayudado, en una de tantas acciones, a un bachiller que estaba en el camino muy mal herido y poniéndolo luego en condiciones de moverse, el bachiller, agradecido, se marchó.

Don Quijote.- Sancho, ¿qué es lo que le movió al bachiller a llamarme “El Caballero de la Triste Figura”?

Sancho.- Yo se lo diré, porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura que jamás he visto, y débelo de haber causado, o ya el cansancio de este combate contra los molinos, o ya la falta de muelas y dientes que se os ha caído como resultado funesto de la tal batalla...

Luego de otras aventuras dignas de mención, de innumerables peripecias, estando solos Sancho y don Quijote, surgieron estas confesiones:

Don Quijote.- ...y dime, Sancho amigo, qué es lo que dicen de mí... ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros?

Sancho.- Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, con condición que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dijere...

Don Quijote.- En ninguna manera me enojaré. Bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

Sancho.- Pues lo primero que digo, es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que... se ha puesto el don... teniendo sólo cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante... En lo que toca a la valentía, cortesía y hazañas, hay diferentes opiniones. Unos dicen "Loco, pero gracioso"; otros "Valiente, pero desgraciado"; otros "Cortés, pero impertinente"; total, que ni a vuestra merced ni a mí, nos dejan hueso sano.

Don Quijote.- Mira, Sancho, dondequiera que esté la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valientísimo capitán, fue notado de ambicioso... Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen de él que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fue lascivo... así que, ¡Oh, Sancho!, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mías...

Ah, cuántas verdades encierra este maravilloso libro. También en su memoria, lectoras no panistas, tendrá fijo y recordarán que don Quijote pasó por muchos trances, si bien algunos de ellos felices, la mayoría de ellos fueron de desgracias, de derrotas, de golpes y de sinsabores -en el tiempo del Caballero Andante, habían los creeles, los calderones, los foxes, las sahogunes y soldados matando familias y los jueces venales. Con tantas penas en la espalda y el corazón, con tantos ataques a su dignidad de hombre de bien y ante la desigual lucha emprendida contra la injusticia. Don Quijote cae enfermo. Necesitaba descansar, dormir, olvidar la maldad humana.

Al cabo, recuperó la razón, pero ya la vida se le escapaba con premura.

Don Quijote durmió profundamente, más de seis horas continuas, al despertar a su alrededor lloraban desconsolados su sobrina, su ama, Sansón Carrasco y Sancho Panza.

El Caballero abrió los ojos y con lucidez pasmosa dijo:

Don Quijote.- Dádme albricias, buenos señores, de que yo ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de "Bueno"... Ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería, ya conozco mi necedad y el peligro en que me

pusieron haberlas leído, ya, por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abandono...

Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa: déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento.

El cura confesor escuchó a solas a Alonso Quijano...

Cura confesor.- ...Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente "Don Quijote de la Mancha", había pasado de esta presente vida y muerto naturalmente"...

Tristeza, llanto de todos los concurrentes. Se había ido un hombre, un hombre sencillo, un hombre que amaba la justicia, un hombre que defendía el honor con la vida misma, la vida sin honor no es vida...

Sansón Carrasco púsole este epitafio:

Yace aquí el hidalgo fuerte
 Que a tanto extremo llegó
 De valiente, que se advierte
 Que la muerte no triunfó
 De su vida con su muerte.

Tuvo a todo el mundo en poco,
 Fue el espantajo y el coco
 Del mundo, en tal coyuntura,
 Que acreditó su ventura
 Morir cuerdo y vivir loco.

A los políticos del triste hoy fascista, evidentemente, no conocen a don Quijote, no saben del Ulises, no intuyen a Fausto, no piensan en Muerte sin fin, no vislumbran lo que encierra Hamlet, no pasa por sus cabezas de chorlito el Demóstenes, ni, mucho menos están al tanto de lo que Maquiavelo proponía, no lo usan, lo denigran...

Bueno, mejor, como el Quijote, y como Hamlet, ante los desvaríos y los soldados golpeando campesinos y los jueces y los calderones fascistas, hacerse el loco, y sonreír, y aplaudir, y sonreír, sonreír, sonreír...

Vale. Abur. ☹

www.carlosbracho.com